

Alua Arthur

Breve aunque perfectamente humana

Cómo llevar una vida auténtica
siendo realista con su final



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escribanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo en www.edicionesobelisco.com

Colección Psicología

BREVE AUNQUE PERFECTAMENTE HUMANA

Alua Arthur

1.^a edición: mayo de 2025

Título original:

Briefly Perfectly Human

Making and Authentic life by Getting Real About the End

Traducción: *Antonio Cutanda*

Corrección: *Sara Moreno*

Diseño de cubierta: *Enrique Iborra*

© 2024, Alua Arthur

Publicado por acuerdo con Mariner Books,
sello editorial de HarpersCollins Publishers
(Reservados todos los derechos)

© 2025, Ediciones Obelisco, S.L.

(Reservados los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S.L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25 - Fax 93 309 85 23
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN: 978-84-9111-100-9

DL B 4201-2025

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.
Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

Nota de la autora	11
Capítulo 1	
Una amiga al fin	13
Capítulo 2	
El cuerpo siempre gana	29
Capítulo 3	
Con la muerte en los talones	39
Capítulo 4	
Peter	51
Capítulo 5	
Preséntate y cállate	79
Capítulo 6	
Enséñame a hacer de doula	95
Capítulo 7	
Aguanta el tirón y muere	111
Capítulo 8	
Encontrándote los pies	127
Capítulo 9	
Librando batallas perdidas	143
Capítulo 10	
Una clavija hexagonal	159
Capítulo 11	
Un atisbo de libertad	171
Capítulo 12	
Bajarse de la rueda	187

Capítulo 13
Legados turbulentos201

Capítulo 14
Personas que necesitan personas223

Capítulo 15
Forzando una salida239

Capítulo 16
Cuba te espera259

Epílogo
Una ola de purpurina281

Agradecimientos289

Nota de la autora

En el núcleo de mi trabajo como doula de la muerte existe, necesariamente, un elemento de confianza. Los clientes me invitan a entrar en su hogar y en su vida y, conmigo, recorren sus desamores, sus instantes de mayor orgullo, sus mayores alegrías, los cajones de los calcetines y los esqueletos que esconden en los armarios. Para facilitar tal confianza, estoy moralmente obligada a mantener la confidencialidad con mi cliente, algo que mantengo hasta el día de hoy. Las historias de este libro se derivan de los encuentros más impactantes que he tenido en mi trabajo, y las lecciones que me han enseñado viven dentro de mí todavía. No obtuve permiso por escrito para compartir las experiencias de mis clientes, muchos de los cuales ya partieron. Sin embargo, mi trabajo con ellos, y mis recuerdos de las reveladoras conexiones que tuve con ellos, han permanecido en mí hasta que han brotado.

A través de todo el libro utilizo nombres ficticios, pero, con el fin de proteger aún más sus identidades, he cambiado muchos detalles y he construido casos compuestos. Combino las experiencias de muchas personas con las cuales he trabajado estrechamente –inclusive de clientes moribundos y de aquellos otros que solicitaban consultas sobre planificación del final de la vida y sesiones de meditación sobre la muerte– con personas que simplemente optaron por compartir sus relatos sobre la muerte conmigo en una cafetería, en un avión o en una fiesta. Mi intención consiste en crear una historia en la cual cualquier persona pueda encontrarse a sí misma. Las experiencias que tenemos en el momento de morir son universales y, sin embargo, nos

Capítulo 1

Una amiga al fin

La bocina del coche brama, haciéndome volver en mí justo a tiempo de dar con mis manos en el capó para alejar instintivamente mi cuerpo del taxi rojo y amarillo. Chirrían los frenos y el coche se detiene a dos centímetros de mí, sin llegar a golpearme. Ondas de choque recorren mi cuerpo como una corriente eléctrica, mientras se me corta la respiración y vuelvo al presente al percatarme de la gravedad de lo que estuvo a punto de ocurrir. La adrenalina ha tomado el control. Hasta el vello de mi cuerpo está prestando atención. Todo se mueve a cámara lenta, como en *Matrix* cuando Neo esquivo las balas. He estado a punto de morir, y el accidente habría sido por culpa mía, por no prestar atención.

«¡*Compórtate como es debido*, Alua!», me recrimino a mí misma de la manera habitual. Durante el último año he llegado a la conclusión de que no sé hacer nada bien. Ya no sé cómo ser una dichosa abogada de oficio. No sé cómo sentirme contenta. No sé cómo enderezar mi vida. Ni siquiera sé cómo cruzar una calle atestada de gente a las ocho de la mañana.

Hasta aquel momento, yo no había pensado demasiado en mi muerte. Sin embargo, en un instante, he tenido claro que no quería morir en una calle de Trinidad, Cuba, medio bebida, con el maquillaje de anoche aún en la cara. Mis padres me matarían. Siendo la buena niña ghanesa que soy, me doy cuenta de la vergüenza que traería a la familia si acabara salpicando la abarrotada calle por causa de mi propia

negligencia. También pienso en el tanga que llevo debajo de mis vaqueros cortos. Mi madre se avergüenza con mis tangas. Como la mayoría de las madres, mi madre se explayaba mientras yo crecía hablando del tipo de ropa interior yo debía llevar si sufría un accidente... y éste no era el tipo de ropa interior que ella aprobaría.

Las calles pulsan con los quehaceres cotidianos: las madres llevan a los niños a la escuela, los bicitaxis llevan a la gente al trabajo... La atmósfera está impregnada de ruidos, de las bocinas de los taxis, del claqueteo de los caballos que transportan trigo y otras mercancías por las calles adoquinadas... Pensé que los evitaría a todos corriendo calle abajo por mitad de la calzada, entre las hileras de casas de colores pastel. Fue una mala decisión. Con tanto caos, no resulta sorprendente que no viera venir el taxi.

Me repongo y salto a la acera, junto a las personas que se han detenido para observar la escena que yo misma he provocado. Aminoro el paso y me muevo con mayor determinación, pero sigo yendo rápido. Llego tarde. Yesenia, una mujer a la que conocí ayer mismo, me está esperando. Nos pasamos la noche anterior bailando en una cueva de caliza como si el cartílago de la rodilla nos fuera a durar para siempre, los cuerpos resbaladizos por el sudor y la humedad.

Cuando nos conocimos, ella estaba en el portal de su casa con los ojos entrecerrados, y me saludó al pasar. Yo estaba terminando mi habitual *footing*, después de recorrer más de 12 kilómetros, de regreso a la casa de huéspedes en la que me alojaba.

—¡Amiga! ¡Amiga!ⁿ —la oí gritar.

Cuando me volví, me hizo gestos con la mano, bruscamente.

—¡Ven aquí!

Aflojé el paso y ella me alcanzó. Era una mujer de treinta y tantos años, con los ojos muy maquillados. Dijo que me había visto antes, y me preguntó que por qué iba corriendo por la ciudad. Con mi incipiente castellano, le expliqué que estaba de visita en Cuba. Y, siendo una mujer que viaja mucho sola, ya me esperaba la pregunta que me haría después: ¿y dónde está tu esposo?

1. En castellano en el original, al igual que todas las demás frases que aparecen en cursiva en los diálogos. (*N. del T.*)

—*No hay esposo* —repliqué.

No, ni tampoco novio. Y sí, había decidido venir sola. Y no, no me pasaba nada, aparte de mis erróneas decisiones, mi falta de rumbo y la depresión que cubre mi cerebro como un acabado turbio de laca. ¿Cómo traducir mi necesidad de libertad, mi cuestionable gusto por músicos inmaduros, mi fobia al compromiso? ¿Cómo encontrar las palabras en castellano necesarias para describir un efímero matrimonio de seis meses que había terminado cuatro años atrás, cuando apenas podía explicarme a mí misma en inglés lo que me había ocurrido? ¿Cómo hacerle comprender mi abyecta pasión por deambular por el mundo, el deseo de escapar de mi piel y de una vida que me estrangulaba? Sin una respuesta clara a la pregunta de qué estaba haciendo en Cuba, me encogí de hombros.

Yesenia ladeó la cabeza, sopesando si arreglar o no mi problema de ausencia de hombres, y finalmente se ofreció a buscarme un ligue. Me dijo que iríamos aquella misma noche a un conocido lugar de moda en el hermoso barrio histórico de Trinidad. Sentí curiosidad ante la propuesta, pero no era optimista. Después de tres semanas en Cuba, había flirteado con unos cuantos cubanos y me había percatado de lo fácil que les resulta hacer juegos malabares con las mujeres. Además, por una vez en mi vida, estaba intentando no desaparecer bajo la sombra de un hombre.

Aquella noche, a la hora convenida, subí los dos escalones ruinosos de hormigón que llevaban a la puerta del apartamento de Yesenia. La puerta estaba abierta, y sólo estaba cubierta con una cortina. Desde fuera se oía bramar la radio con la popular música cubatón, a la cual ya me había acostumbrado desde mi llegada a la isla. Yesenia me hizo sentar ante una mesita, cubierta con un mantel de plástico con flores moradas en proceso de desintegración, y se puso a trabajar para dejarme bonita para el hombre que ella había elegido para mí. Al parecer, era joven y guapo, y Yesenia afirmaba que me querría tanto que ya no tendría que volver a viajar sola. Cuba es para los amantes, me recordó, mientras me recogía el cabello en una coleta alta y la sujetaba con una goma roja brillante en lo alto de la cabeza. Era el *look* de Janet Jackson de la década de los noventa, cuando filmó *Poetic Justice*. Yesenia eligió un lápiz de labios de un color que determinadas generaciones denomi-

narían «rojo puta» y suficiente sombra de ojos escarchada de un color gris azulado como para dar envidia a las jóvenes de los ochenta.

Nos encaminamos hacia el club en medio de la oscuridad, ascendiendo por un sendero rocoso empinado. Por mis andanzas el día anterior, reconocí aquel sendero como el que llevaba a la ermita de la Popa, que se encontraba en la cima de la colina. La noche era oscura como la boca de un lobo, y no había seres humanos a la vista. Pero en cuanto empecé a preguntarme si no habría cometido un error dejándome llevar por Yesenia, nos encontramos con un grupo de gente fumando y charlando junto a un agujero grande en el suelo. Cuando nos acercamos, vi que el agujero era una escalera que se sumergía en la tierra.

—*Espera aquí*—dijo Yesenia.

Agradecí tener que esperar en la superficie en vez de seguirla bajo tierra. Yesenia se adelantó para ver si el lugar estaba abierto por la noche y, unos instantes después, me hizo señas con la mano para que me uniera a ella. Lo que no me había dicho es que tendríamos que descender a los infiernos para encontrar a un hombre. Bajamos por una larga escalera de piedra irregular y entramos en un laberinto de túneles que, al cabo de un rato, se abrieron a una pista de baile. Disco Ayala se abría en las profundidades de una cueva de roca caliza a unos treinta metros bajo tierra. Cuando mis ojos se ajustaron a la luz del lugar, vi varias hileras de luces, de asientos y una pista de baile en medio. Olía a cigarrillos rancios, a sudor y a piedra húmeda. Era medianoche, y la fiesta estaba comenzando. Haciendo una rápida inspección, y viendo a los turistas europeos varones con sus vaqueros ajustados lavados al ácido y a las jóvenes trabajadoras sexuales cubanas bailando solas alrededor de ellos, supuse que iba a tener una novedosa y extravagante experiencia. Exactamente lo que me gusta de la vida.

Y la noche no me decepcionó, aunque sí lo hizo el hombre que Yesenia había elegido para mí, un hombre sorprendentemente grande. Tenía cara de niño, pero era muy alto y musculoso, como si su cuerpo hubiera madurado mucho más rápido que su cara. Era guapo, pero a la manera en que las tías ven guapos a sus sobrinos. Carlos y yo no estábamos destinados a vivir un amor eterno, pero pasamos un rato entretenido con las actuaciones de unos cubanos descamisados que se tum-

baban sobre lechos de cristales y hacían trucos con espadas y fuego, mientras escuchábamos cubatón y eurotecno.

El resplandor del cielo a primera hora de la mañana nos sorprendió cuando finalmente salimos al mundo exterior, bañadas en sudor y exudando alcohol por los poros. Recorrimos el sinuoso sendero que bajaba de la colina a la ciudad riendo, cantando y prometiéndonos que nunca olvidaríamos aquella noche, con una mezcla de castellano e inglés. Y cuando iba, ya sola, hacia la habitación que había alquilado en una *casa particular*, me di cuenta de que todavía llevaba la goma roja de Yesenia en el cabello. Dos horas más tarde, tendría que levantarme para tomar un autobús a Santiago de Cuba, una ciudad rebotante de arte y música vibrantes, y con la mayor población de color de toda la isla.

Cuando mi pequeño despertador de viaje sonó y me despertó con una sacudida, miré la hora y gruñí... y luego me invadió el pánico. Iba a llegar tarde al autobús. Pero primero tenía que ver a Yesenia para darle las gracias y devolverle la goma del pelo, ya que no había muchos productos nuevos en Cuba debido a los embargos. Recogí lo más rápido que pude mis cosas, que estaban desordenadas y esparcidas por la habitación, y apenas pude cerrar mi mochila tras apretujarlo todo en ella. Tomé un trozo de papaya madura que había dejado mi casera y partí hacia la casa de Yesenia para devolverle la goma, hacerle una foto e ir a buscar mi autobús, todo en veinte minutos. Fue cuando iba con tales prisas cuando casi me atropelló el taxi. Y en medio de aquel caos, en mi acto reflejo de protección, aplasté el trozo de papaya que llevaba en la mano sobre el capó del auto, y sentí cómo goteaba entre mis dedos. No pude evitar soltar una maldición.

Después de mi cuasiaccidente con el taxi, llego finalmente a casa de Yesenia, sudorosa y aturdida por una experiencia que terminará dando forma al resto de mi vida. Yesenia me ofrece que desayune con ella y me propone otro encuentro con Carlos. Me río, le hago una foto y le doy las gracias, y salgo corriendo por la puerta, prometiéndole que contactaré con ella.

La parada del autobús de Viazul está abarrotada de gente cuando llego, jadeando, dos minutos antes de la hora de salida. Los humos de

los autobuses al ralenti se filtran en la taquilla sin puertas. Hay dos mostradores, uno con una cola larga y otro sin cola, y un letrero plastificado y amarillento entre ambos mostradores donde pone «*Boletos*». Me pongo en la cola detrás de una mujer blanca de treinta y tantos años. Su mochila rebosante, sus pantalones cortavientos color caqui con cremalleras en las rodillas y su calzado cómodo la delatan como una viajera, como yo. Me llama la atención el tatuaje de una pluma de escribir roja en su antebrazo derecho.

—Bonito tatuaje —digo.

—Sí, me gusta escribir —dice ella sonriendo.

«¿Quién se hace un tatuaje de algo que simplemente le gusta hacer?», pienso.

Entablamos conversación. Su nombre es Jessica.

Con un inglés con mucho acento (¿alemana? ¿francesa? Sé que es mejor no tratar de adivinarlo), Jessica me dice que va a Camagüey, la tercera ciudad más poblada de Cuba, en el mismo autobús que yo y se sorprende cuando le digo que todavía no tengo el billete. El autobús es la forma más barata de viajar por Cuba, y las plazas de la compañía Viazul desaparecen rápido. Jessica me dice que me he equivocado de cola. Al percatarse de que he perdido unos minutos preciosos charlando con ella, Jessica se ofrece a vigilar mi equipaje y me promete con un guiño que hará esperar al conductor del autobús hasta que yo llegue. Me fio de su guiño y la creo, del mismo modo que me había fiado de Yesenia lo suficiente como para seguirla bajo tierra.

Mientras regateo el precio del billete con una mezcla de castellano e inglés, veo a Jessica a través de la polvorienta ventana intentando subir al autobús con las dos mochilas. El conductor le hace señas para que las ponga en la parte inferior del vehículo, pero Jessica le ignora. Otras personas en el exterior también le hacen indicaciones, pero las ignora así mismo. Me echo a reír al darme cuenta de que está cumpliendo su promesa de dar largas para que el conductor no se vaya sin mí.

Finalmente, el taquillero de la compañía me extiende el tique y le pago 47 pesos cubanos. Debería costar en torno a 36 pesos, pero no le doy importancia. Perder 11 pesos cubanos no es lo peor que mi impulsividad me haya causado.

Paso entre la gente evitando sus miradas, y me avergüenzo cuando veo a un cubano que no ha conseguido un billete para el viaje que yo sí he conseguido, y todo porque yo podía pagar más por él. Siento una punzada en la conciencia, pero ni siquiera tengo tiempo de lamentarme por las injusticias que traen consigo mis privilegios, puesto que el autobús está arrancando ya. En resumen, me aprovecho de las ventajas que me dan estos privilegios, como hacen otros tantos.

Corro hacia el autobús, y el conductor apenas frena antes de abrir la puerta para que yo me suba. Jessica aplaude, y yo me siento a su lado en la primera fila de asientos.

—¡He hecho el ridículo por ti! —me dice entre risas mientras se acomoda.

Además de sus tejemanejes para retrasar la salida del autobús, resulta que ha convencido a alguien para que intercambiara su asiento, con el fin de que pudiéramos sentarnos juntas.

—¡Lo sé! ¿Por qué lo hiciste? —le pregunto, jadeando aún.

El motor del Viazul retumba de nuevo cobrando vida bajo nosotras. La cabina de pasajeros está decorada con luces de Navidad, mientras una cadena de canciones de amor en español suena a todo volumen. Estamos en marcha: dos nuevas amigas unidas por la extraña complicidad que se genera entre dos personas viajando solas por el extranjero.

—Funcionó, ¿no es cierto? —dice Jessica encogiéndose de hombros, para luego preguntarme qué me ha llevado a Cuba.

La verdad es que no dispongo de una respuesta. La verdad es que la respuesta no va tanto de «Estoy cumpliendo con mi lista de “Cosas que deseo hacer antes de morir”» o «Soy una exploradora sexi y atrevida dispuesta a saltarse las prohibiciones de viaje de Estados Unidos con tal de tener una aventura», como de «Voy a la deriva en una barcaza depresiva que hace agua, de modo que tomé el primer flotador que encontré para ver si podía salvarme». He estado dando vueltas por el país, cabalgando, haciendo largas caminatas, bebiendo ron y practicando el español con la esperanza de encontrar el camino de vuelta a mí misma, a mi vida y a mi cuerpo.

Hasta el momento, la vida me había resultado relativamente fácil, a pesar de mi oscura piel. Tengo una familia muy unida y solidaria que emigró de Ghana a Estados Unidos, he tenido una educación formal

estelar, un cuerpo sano y grandes amantes. He viajado a lugares que provocarían la envidia de muchos y, profesionalmente, trabajo como abogada de oficio, lo cual se supone que me permite defender mi entrada o salida de cualquier asunto. Y, sin embargo, aquí estoy yo, en un viaje sin ningún propósito en concreto, atascada y profundamente insatisfecha.

Tiempo atrás, durante mi último año en la universidad, cuando disponía de tiempo para hacer grandes planes, me preguntaba cómo podría prestar un buen servicio al mundo que me rodea. No soy lo suficientemente diplomática como para dedicarme a la política, aunque los amigos políticos de mi padre me llamaran Madame President porque, siendo adolescente, podía debatir con ellos sobre políticas internacionales de derechos humanos. Tampoco tengo paciencia para dedicarme a la docencia. No quiero tener hijos y, ciertamente, no quiero responsabilizarme del cuidado de los hijos de los demás.

El derecho me ofrecía muchas más opciones, de modo que fui a la Facultad de Derecho porque no sabía qué otra cosa podría hacer con mi única y breve existencia. Ahora, con casi nueve años en la profesión, me había abierto camino en una vida que siempre había despreciado. Estaba en medio de una depresión de caballo, sintiéndome huésped en mi propio cuerpo. Y sabía que, si me muriera justo en ese momento, mis últimos pensamientos serían de remordimiento.

De manera que le ahorro a Jessica tal exceso de información que, según dicen, asusta a la gente, y, a cambio, le doy una no-respuesta:

—Estoy viendo qué puedo ver.

Y le devuelvo la pregunta.

—Yo estoy dando la vuelta al mundo —dice—. Empecé en los Estados Unidos, ahora estoy en Cuba, luego me voy a Argentina, Brasil... y más tarde a Sudáfrica, antes de volver a Alemania.

—Y estás haciendo este viaje porque...

El tono de Jessica cambia, y se le oscurece la mirada.

—Como tú dijiste, estoy viendo qué puedo ver. —Jessica desvía la mirada por un instante y, luego, continúa—: Tengo un cáncer de útero. Ésos son los lugares del mundo que quiero ver antes de morir.

—¡Mierda! —exclamo de repente, para arrepentirme de inmediato.

Pero Jessica se echa a reír. ¿Cuál es la respuesta socialmente aceptable para una revelación como ésta?

Yo quizás sea una persona sensible, pero eso no significa que tenga tacto. Nunca lo he tenido. Sea por ingenuidad, por curiosidad, aburrimiento o, en este caso, por insensibilidad, a menudo paso por alto las señales sociales que indican que un tema de conversación no es adecuado. De modo que sigo adelante:

—¿Y ese cáncer te va a matar?

La expresión de Jessica se suaviza. Mira más allá de mí, más allá del pasillo y de la ventanilla del autobús.

—Puede ser.

—Y luego, ¿qué? —pregunto.

Me muerdo el labio por dentro, preguntándome de inmediato si no debería haberme metido el pie en la boca antes de hablar, una vez más. Pero no he podido evitarlo.

Sin embargo, Jessica duda un instante.

—Bueno, supongo que luego estaré muerta.

Nos echamos a reír, con esa risa honda que tiembla ante la fragilidad de la vida.

Con 36 años, Jessica tiene sólo 2 años más que yo, y ambas estamos enfermas con sendas enfermedades que podrían matarnos si no las tratamos.

«Yo podría morir por causa de mi depresión», pienso.

No me había planteado mi propia muerte hasta este momento y tras el simulacro de accidente que había tenido por la mañana. Lo más cerca que había estado de planteármelo había sido cuando el activista del sida adolescente Ryan White había muerto, en 1990, cuando yo tenía 11 años. Aquello fue una noticia a nivel nacional. Pero esta vez, se me antoja... diferente.

No sé si se debe a mi reciente roce con la muerte, al ambiente festivo o a cualquier otra cosa que se agita en mi interior, pero me pongo a hacerle preguntas acerca de su vida a Jessica, preguntas que son *realmente* directas y personales. ¿Qué le quedará por hacer en la vida si el cáncer la mata? Le pregunto si quería tener familia. ¿Qué le ha impedido tener familia hasta ahora? Le pregunto por su trabajo, sus amantes, sus sueños y sus penas. Finalmente, le pregunto acerca del final:

—¿Qué crees que es la muerte?

Jessica me dice que ésta es la primera vez que alguien le hace esas preguntas o que alguien quiere escuchar lo que ella tenga que decir respecto a la muerte. Aunque en su programa oncológico va incluida la atención psiquiátrica, dice que su psiquiatra sólo se preocupa por cómo está viviendo ella la enfermedad, que no le ha preguntado nada acerca de la muerte. Por otro lado, ni la familia ni sus amistades han buscado el momento para hablar y hacerle una pregunta existencial tan fundamental como ésta. Dice que cada vez que habla de la muerte, todo el mundo le dice que debe tener esperanza, que mire el lado luminoso de las cosas y que se centre en curarse.

Y yo inmediatamente me pregunto por qué no nos dejamos espacios para que la gente hable de aquellas cuestiones que más pesar les causan en el corazón. Quizás sea porque creemos que es demasiado doloroso de escuchar. Es decir, intento evitar que mis allegados sepan hasta dónde llega mi angustia mental. No quiero cargarlos con ello y, así, me paso la vida fingiendo. Quiero protegerlos de mi dolor, aunque mi dolor se haga con ello cada vez más profundo. Todos sabemos lo que está pasando, pero nadie lo dice. Y este extraño bucle tiene que ser infinitamente más angustioso para una persona que tiene una enfermedad incurable, que no puede permitirse el lujo de fingir que lo que está ocurriendo no está ocurriendo en realidad. Cuando alguien está muriendo, tal evasión es una forma de luz de gas existencial.

Me rompe el corazón que Jessica esté bailando sola con la muerte, y siento la necesidad de bailar con ella en ese solitario espacio, dando vueltas y más vueltas en la extraña belleza de la vida, en lo curioso que resulta todo. La llamada es clara e inequívoca, y no me exige otra cosa que ser quien soy en este instante. No me exige que piense o que sepa algo. Sólo me pide que sienta. Con todos estos pensamientos corriendo desbocados por mi mente, la siguiente pregunta que le hago a Jessica es puramente instintiva:

—Cuando te ves a ti misma en tu lecho de muerte, ¿a quién ves?

Jessica cierra los ojos y reflexiona sobre mi pregunta.

—Veo las cicatrices de mis operaciones. Veo cabello gris. Veo mis tatuajes. Manchas de la edad... Veo a una mujer que no hizo lo que quería hacer.

Jessica abre los ojos y me cuenta lo mucho que deseó siempre publicar un libro, escribir algo por sí misma. Y, entonces, se le iluminan los ojos: acaba de tener una idea. Quizás podría escribir un blog sobre este viaje. ¡Quizás ése podría ser su libro!

Me entusiasma tanto su idea que doy un grito. Entonces es cuando le encuentro sentido al tatuaje de la pluma que lleva en su piel. Jessica saca su libreta de notas y sus palabras comienzan a fluir con tal rapidez que su propio entusiasmo apenas puede seguirla. Yo lo observo todo con alegría, sabiendo que algo está ocurriendo, pero sin saber exactamente qué. Y nos sumimos en un silencio amable mientras ella escribe, furiosamente al principio, para hacerlo de forma más pausada al cabo de un rato.

Jessica sonríe para sí tras escribir una última frase, para luego apoyar la cabeza en el cristal de la ventanilla. Cierra los párpados y sus hombros se relajan. La muñeca que sujeta el bolígrafo se afloja, y éste cae de su mano. Se ha quedado dormida, y parece tranquila.

Me pongo los auriculares, feliz. Juntas, Jessica y yo hemos dado con algo que puede darle más sentido a su vida, algo a lo que aferrarse y que le permita acercarse a la vida que siempre imaginó.

Mirando por la ventanilla a los cirrocúmulos que cubren el paisaje, pienso en lo que yo quiero de mi vida y en quién quiero que esté a mi lado en el momento de la muerte. Es la primera vez que me hago estas preguntas. Tengo 34 años.

Me doy cuenta de que la Alua que quiero ser en mi lecho de muerte es una mujer que ha llenado la copa de su vida hasta el borde y ha construido una vida que, ahora, no tiene inconveniente en abandonar. En ese autobús de Cuba, sentada junto a Jessica, me siento muy lejos de ser esa Alua. Soy la cáscara de un ser humano, en cuyo cuerpo sólo queda una pizca de luz. Siento el agobio de la vergüenza por no saber que he estado viviendo muerta tanto tiempo. Las entrañas se me tensan. Pero, en este momento, después de hablar con Jessica acerca de la muerte, me siento un poquito más cerca de la persona que quiero ser en mi lecho de muerte de lo que estaba unos momentos antes.

Mi iPod selecciona una canción aleatoriamente y da en caer sobre *Use me (Úsame)*, de Bill Withers, y pienso en lo perfecta que es esta canción para la vida que quiero llevar. Siempre he querido ser de utili-

dad, ser útil, ser usada. Esa vocación me llevó a convertirme en abogada de oficio, sirviendo a comunidades con bajos ingresos. Pero había partes de mí que seguían sin ser de utilidad: mi sensibilidad emocional, mi inclinación hacia el absurdo, mi amor por la humanidad con todo su caos. Una abogada tiene que ver el mundo en blanco y negro, en lo que es legal y lo que no es legal. Pero yo quiero ser testigo de la vida en su aspecto más pleno, en sus tres dimensiones: la confusión, el amor obcecado y la lealtad, la disonancia cognitiva de todo eso. Ambas cosas y todas ellas.

¿Qué tendría que hacer para sentirme completamente usada en mi lecho de muerte? Si muriera feliz, ¿qué aspecto tendría el final de mi vida? Contemplo ese yo mío futuro en mi cabeza: unas manos sin vida que soportaron el dolor y crearon placer; un rostro flácido, arrugado, con líneas de expresión y patas de gallo; toda una vida de amor resplandeciendo desde el recipiente de mi cuerpo en los corazones de mi familia y mis amistades.

Mirando a mi alrededor en el autobús, hago balance de las personas que hay a bordo y me pregunto con qué final se encontrarán *ellas*. Está el conductor del autobús, concentrado en la carretera que se despliega ante sus ojos. La mujer malhumorada a la que Jessica convenció para que se cambiara de asiento y que pudiéramos sentarnos juntas. El anciano que se abanica con un trozo de cartón. La joven madre que da el pecho a su hijo. El bebé en sí.

Estas personas están actualmente distraídas con los asuntos cotidianos de la vida. Pero, un día, morirán. Si sintieran la inmediatez de la vida —lo preciosa que es, su insignificante importancia—, ¿qué harían de diferente justo en estos momentos? ¿Cuántos libros que nunca se escribieron, cuántos amores no declarados y sueños no cumplidos yacen aletargados ahí, en esos asientos y en esos cuerpos? ¿Morirían satisfechos con la vida que están viviendo, o se quedarían con ganas de más?

Me pregunto si no habrán estado evitando pensar en la muerte. Me pregunto si habrán tenido siquiera una experiencia como la que estoy teniendo yo con Jessica: sentada tranquilamente con una nueva amiga en presencia de nuestra común mortalidad, comparando notas sobre la muerte con humor, amor y curiosidad. ¿Cambiaría una experiencia así su vida, igual que está cambiando la mía?

Yo podría ser esa amiga, creo.

Yo podría ser esa amiga para un montón de gente.

Por vez primera desde que la depresión arraigó en mí, siento las señales tangibles de la vida en mi cuerpo. Hablar con Jessica acerca de la muerte ha despertado algo en mi interior. Los ojos de par en par. El corazón abierto. El espíritu alerta. El pulso audible. El aliento contenido. Concentrada como un láser. Todo mi ser está presente en estos instantes. Explorando mi cuerpo, no encuentro resistencia alguna dentro de mí. Mi curiosidad natural, mi compasión y mi facilidad para tratar con emociones difíciles han permitido a Jessica hacer un poco las paces con su muerte y, a continuación, con su vida. No exige otra cosa de mí que ser exactamente la persona que soy. *¿La muerte?* Le doy vueltas a esa idea en mi cabeza como una pelota de tenis con púas, con incredulidad. Me siento más viva de lo que me he sentido en años. Hablar de la muerte me está trayendo de vuelta a la vida.

Después de unas cuantas horas más de cháchara incesante, salvo una siesta en la que me he sumido cuando la resaca me ha alcanzado finalmente, hemos llegado a Camagüey, el destino de Jessica. He estado temiendo el momento de nuestra despedida y las siete horas posteriores, sola, en la carretera hasta Santiago. No sabría decir si la efervescencia que siento es por ella o por aquello de lo que acabo de tomar conciencia. Jessica se pone en pie y recoge lentamente sus cosas. Yo evito el contacto visual. Esbozamos una despedida y, apenas ha dado unos pasos, se vuelve de repente y dice:

—¿Qué dirías si me fuera a Santiago contigo?

Y yo grito con toda mi alma:

—¡SÍ!

Y Jessica baja corriendo del autobús para decirle al conductor que no saque su equipaje. Luego, se deja caer de nuevo en el asiento, a mi lado.

Jessica y yo no tenemos plan alguno, pero nos tenemos la una a la otra. Su cáustico sentido del humor encaja muy bien con el mío. Juntas codiciamos la merienda del niño del otro lado del pasillo, nos contamos terroríficas historias románticas y de sexo y nos reímos de los ví-

deos del cantante español Camilo Sesto que nos ponen en el autobús al caer la noche. La humedad de Cuba, los humos del autobús, el hambre que tenemos y las escasas paradas durante el viaje para ir al baño no consiguen romper nuestra burbuja.

Al llegar a Santiago, exploramos las tiendas de la zona en busca de ron Habana Añejo de 3 años y de una batidora de zumo de mango – como si mi hígado no hubiera tenido suficiente– y nos dirigimos a la casa de huéspedes donde había reservado habitación para la noche. Un hombre de mediana edad nos recibe en el porche y nos invita a pasar. Esta *casa particular* es de una sola planta, con muros de color rosa descolorido, y decorada con viejas fotos de una mujer y tapetes de encaje. La tapicería de los muebles, de terciopelo verde, está cubierta con un plástico amarillento. El hospedero nos lo muestra todo mientras recorremos la casa lentamente como si estuviéramos de visita en un museo.

Nos abre la puerta en una habitación de dos camas y una cajonera con un ventilador encima. Las camas están cubiertas con esos edredones de flores que cabría esperar en la casa de la abuela. No es difícil negociar un nuevo precio por dos huéspedes en lugar de una gracias a nuestras divisas extranjeras. Unos buenos tragos de ron y la música de los Backstreet Boys en mi iPod amenizan la velada con mi nueva amiga, mientras cucarachas del tamaño de roedores corretean por el suelo. Dejamos las mochilas sobre la cajonera, sin abrir, no sea que nuestras nuevas amigas se metan dentro.

Jessica y yo no tardamos en convenir en que habrá que buscar otro lugar donde quedarse mañana. Danzamos un rato, saltando sobre las camas toda vez que nuestras amigas las cucarachas hacen aparición. Pero, a medida que avanza la noche, los signos de la enfermedad de Jessica se hacen evidentes. Jessica se mueve lentamente, y se le han acumulado líquidos en las piernas y en el abdomen tras el largo viaje en autobús. Me enseña a hacer masaje linfático mientras hablamos de dónde estaba yo cuando cayó el Muro de Berlín, qué edad teníamos cuando nos llegó el período y cómo fue que sus abuelos se hicieran cargo en gran medida de su crianza. La mochila de Jessica tiene un compartimento especial para las medicinas: frascos con pastillas de diversos tamaños y colores, dispensadores diarios con los días de la semana impresos y pastillas sueltas. Medicinas en abundancia. Y, sin embar-

go, ahí está ella, viviendo la vida y llevando consigo su enfermedad. Viviendo mientras se muere.

Al final, nos acomodamos en las camas, en nuestra habitación roja con un mural donde hay representado un Sol. Cuando apago la luz, oigo a Jessica que no hace más que dar vueltas en la cama, inquieta. Nos reímos al comentar que las cucarachas van a tener su propia fiesta ahora. Luego, poniéndose seria, dice en un susurro:

—Por favor, no te asustes, ¿de acuerdo?

Yo no digo nada, pero aguanto la respiración, aguzo el oído y siento que mi cuerpo se tensa como intentando captar cualquier indicio que pudiera dar motivos para asustarme. ¿Estará huyendo del Gobierno alemán? ¿La habrá enviado mi familia para que no me quite el ojo de encima? ¿Intentará matarme mientras duermo? Estoy sola en una habitación de una pequeña isla con alguien a quien sólo conozco desde hace 14 horas. Quizás debería estar preocupada.

Tímidamente, Jessica dice:

—¿Te acuerdas del taxi que casi te atropella?

—Sí —digo alargando la «i».

Estoy confusa. ¿Cómo puede saber lo de mi casi accidente en Trinidad con el que comencé el día? Fue antes de que nos conociéramos en la estación de autobuses. Aguanto el aliento mientras Jessica continúa:

—Yo iba en ese taxi.

No creo en las coincidencias. Pero sí que creo en las sincronicidades y en los fallos en la *matrix*. Dicho esto, he aquí lo que sé ahora, muchos años más tarde, en mi nueva vida: si no fuera por mi «casual» encuentro con Jessica, yo probablemente estaría muerta. La carga de estar viviendo una vida falsa, agobiada con tantas expectativas sociales y culturales me estaba asfixiando. Me sentía fracasada y no encontraba motivos para seguir viviendo. Cada día me preguntaba, «¿Para qué vivir?». Pero, el mero hecho de contemplar la idea de llegar al final de mis días como el ser humano roto y vacío que era me dejó un espacio para construir el tipo de vida que yo quería llevar. Al visualizar quién quería ser en mi lecho de muerte, invité a la vida a entrar: la maravilla de mantener un contacto visual consciente con la persona que amo; el gozoso

tedio de deslumbrar a mi sobrina con unos patines para ella y otros para mí en su fiesta de cumpleaños; la inspiración proporcionada por un trabajo útil para los demás; el asombro de ver a mi sobrino cumplir los 18 años en un abrir y cerrar de ojos; el sobrecogimiento del parto; el misterio de la muerte.

En nuestra sociedad, rehuimos toda conversación que verse sobre la muerte. Al igual que la familia y las amistades de Jessica, que la animaban a tener esperanza en una improbable curación en vez de tomar en consideración su final, fingimos tener el control sobre las enfermedades y sobre la vida. Los seres humanos somos así de graciosos. Nuestra evidente inadecuación e impotencia ante la muerte es un recordatorio de nuestras limitaciones. Y, comprensiblemente, eso nos da miedo. Pero la idea de la muerte es una semilla. Si se cuida con atención esa semilla, la vida crece en su lugar como una flor silvestre. Lo único que está bajo nuestro control es cómo nos vamos a relacionar con nuestra mortalidad una vez que nos hacemos conscientes de ella. Cuba es el lugar en el que yo fui consciente. Si tú aún no eres consciente de ella, ¿a qué estás esperando?

En este mismo momento, mientras escribo esto, Jessica aún está viva, y su cáncer está remitiendo. Pero —alerta de *spoiler*— Jessica terminará muriendo. Todos lo haremos.